

1. Hoy me levanto a dirigiros la palabra, a fin de traeros una embajada justa, provechosa y conveniente para vosotros. Y para esta embajada no me ha escogido otro que los pobres que pueblan esta ciudad, y no por palabras y votos o por decisión del común consejo, sino por el más lastimero y amargo de los espectáculos. Efectivamente, al venir, atravesando la plaza y callejas, a toda prisa a vuestra reunión, he podido contemplar a muchos tendidos en las encrucijadas, unos mutilados de manos, otros sin ojos, otros hechos una criba de llagas y heridas incurables y mostrando precisamente las partes que, por la podredumbre de que están llenas, debieran sobre todo cubrir. Ante ese espectáculo, me ha parecido sería extremo de inhumanidad no hablar de ello a vuestra caridad, más que, junto con lo dicho, a hablaros me impele también la estación en que nos hallamos.

Realmente siempre es menester hablar acerca del tema de la limosna, pues también nosotros necesitamos de mucha misericordia por parte del Señor que nos ha creado; pero señaladamente en esta estación de tanto frío. En verano la estación misma procura mucho alivio a los pobres, pues no supone peligro ir en cueros -con los rayos del sol les basta para calentarse- y es seguro dormir simplemente en el suelo y pasarse la noche al raso. No tienes entonces tanta necesidad de calzado, ni de beber vino ni de comida abundante, y para beber les bastan las fuentes y para comer unos pasan con legumbres o verduras de ínfima calidad y otros se contentan con un puñado de semillas secas. La estación misma del año les pone una mesa improvisada.

Y todavía tienen otro alivio no menor que éste, que es la facilidad de trabajo. Los que edifican casas, los que labran la tierra, los que navegan la mar, necesitan particularmente de la colaboración de los pobres. Y lo que para los ricos son sus casas y campos y demás fuentes de ingresos, eso es para los pobres su cuerpo. Todas sus fuentes de ingresos son sus manos, no tienen otras. De ahí que durante el verano gocen de algún consuelo; en el invierno, por el contrario, se les hace la guerra por todas partes y se les pone cerco por dos flancos: el hambre les consume por dentro las entrañas y el frío por fuera los deja ateridos y les mata las carnes.

Por eso necesitan de más abundante comida, de más fuerte vestido, de techo y lecho, de zapatos y de tantas cosas más. Y lo peor de todo es que tampoco hallan facilidad de trabajo, pues no lo permite la estación del año. Ya, pues, que carecen más que nunca de lo necesario y juntamente con eso se les quita el trabajo, pues nadie toma a jornal a los miserables ni se los llama para servicio alguno; no queda sino que se les tiendan las manos de gentes misericordiosas, que hagan veces de patronos que los contraten. He ahí nuestra embajada, para la que tomamos como ayuda al que fue verdaderamente protector y abogado de los pobres, el apóstol Pablo. A nadie como a Pablo le preocupó este asunto de los pobres.